





# Gorato



**Volumen I:**

**La historia de Emily**

**C.E.C.D.M**

© **CECDM (Pablo José Postigo Ortiz)**

**Https://cecdm.es**

**Gorate. Volumen I: La historia de Emily.**

ISBN tapa dura: **9798392663699**

Depósito legal: **MA 572-2023**

Número de asiento registral: **04 / 2023 / 1444**

Historia: **CECDM**

Ilustración de la portada: **Microsoft Copilot**

Portada del libro: **CECDM**

Corrección: **Malena Vitale y Sonia Quintero Ramos**

Maquetación: **CECDM**

**Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.**

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para ti, abuelo, en recuerdo de todas las aventuras que, gracias a ese maldito diario que alguien te regaló —y que te condenó a una vida de sufrimiento—, vivimos juntos en aquellas viejas y oscuras minas de carbón. Ahora tú estás en el interior un oscuro y estrecho nicho de hormigón, reducido a ser un esqueleto eternamente sonriente enfundado aún en su último traje de gala. Y yo ahora mismo lucho con todas mis fuerzas por no acabar igual que tú: condenado a terminar mis días prematuramente siendo un cadáver polvoriento en el interior de una caja de madera...

FD: Leonardo Fermoselle Leflem



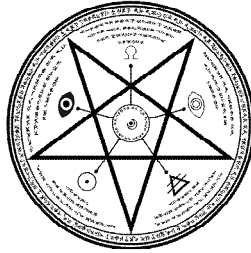
# Índice

Prólogo .....	10
Día uno de febrero .....	12
I.....	24
II .....	40
III .....	53
IV .....	68
V .....	84
VI.....	105
Día cuatro de febrero .....	138
I.....	153
II .....	164
III .....	180
IV .....	201
V .....	213
VI.....	234
VII.....	244
VIII .....	265
IX .....	275
X .....	287

XI.....	301
XII.....	319
Epílogo.....	335







## Prólogo

**H**ace quinientos años, nuestro mundo estuvo a punto de caer en manos de entidades ancestrales que habían buscado su dominio durante milenios. Este evento habría sumido a la humanidad en un conflicto tan antiguo (disputado entre dos facciones) que ninguna criatura viva podría recordar sus orígenes. Sin embargo, un grupo de valientes individuos logró impedirlo en el último instante, sacrificando sus vidas para salvar el mundo. Por desgracia, su sacrificio no nos libró definitivamente de esta amenaza...

Porque cinco siglos después, en el año 2000, una de las facciones trató nuevamente alcanzar sus objetivos. Pero el responsable del sacrificio de aquellas personas había diseñado un meticuloso plan que nuevamente frustraría intenciones de estos seres. La triste realidad es que este plan causó un gran sufrimiento a aquellos que, en contra de su voluntad, se vieron envueltos en él. Yo mismo sufrí muchas adversidades, al igual que mi abuelo antes que yo. Cuando todo terminó, decidí

documentar nuestras experiencias para evitar que cayeran en el olvido.

Muchas de las historias en mis libros me fueron confiadas directamente por quienes las vivieron, otras por sus seres queridos, y algunas me fueron narradas por sus espíritus o ecos, como es el caso de la historia que estás a punto de leer. Aunque antes de que comiences a leerla, quiero advertirte algo:

Si esperas que este libro sea agradable, con una trama amigable y un final muy feliz donde los personajes disfrutan de pasteles y zumos bajo el sol en una extensa pradera verde, te sugiero que lo dejes y busques otro; este libro no es para ti. En estas páginas encontrarás dolor, tristeza, miedo y sufrimiento. Sin desearlo y sin poder evitarlo, la protagonista de esta historia, la pequeña Emilia Anaya Malsete —Emily para los amigos—, se ve involucrada en uno de los pasos más cruciales del mencionado plan. Su tranquila vida en el pueblo de Gorate se desmorona, y se ve expuesta a horrores y peligros que nunca imaginó que existieran.

Y ahora, un consejo: ahórrate el disgusto y cierra este libro. Busca uno más agradable, como uno que narre las aventuras de un repartidor de comida a domicilio que, tras un accidente de tráfico en 2019, pierde el conocimiento y al despertar, se encuentra en el siglo XX, en 1992.



## Día uno de febrero de 1988

—¡Emily! —gritó una voz femenina, pero nadie respondió—. ¿Emily? —llamó de nuevo, y otra vez obtuvo un silencio como respuesta.

La pequeña de siete años de edad dormía plácida y profundamente en su mullida y calentita cama (tanto que ni siquiera oía los gritos de su madre, que llevaba ya un buen rato llamándola). Aquella mañana hacía mucho frío en Gorate, y Emily se había arrebujado tanto en sus mantas que más que una niña durmiendo parecía una oruga oculta en su crisálida; solo se veía algo de su cabello castaño claro salpicado por algunos mechones blanquecinos. Una densa niebla lamía las ventanas de su dormitorio y el viento las golpeaba, haciéndolas temblar. Alba, la madre de la Emily, acababa de prepararle el desayuno: un suculento tazón de copos de chocolate con leche caliente aguardaba a la niña sobre la mesa de la cocina.

Eran las siete y media de la mañana del día martes uno de febrero de 1988 —tres días antes de que la niña se viese envuelta en la terrible aventura que marcaría para siempre su vida—, y la

pequeña Emily debía levantarse cuanto antes para vestirse, acicalarse y desayunar. Y después, para aguardar la llegada del autobús que la llevaría a la ciudad de Torreleones, tendría que caminar hasta una de las tres puertas presentes en la robusta muralla que rodeaba todo el pueblo de Gorate: la Puerta Sur.

—¡Emilia Anaya Malsete, baja de inmediato! —gritó Alba una vez más desde la cocina, que se encontraba en la planta baja de la casa, en la misma entrada; con la intención de ganar algo de espacio extra, en su momento reformaron la vieja casa de piedra en la que vivían, y unieron la entrada con la cocina y la comunicaron con el salón mediante un amplio arco de piedra—. ¿Emily, voy a tener que subir a... —Alba no tuvo que acabar la frase. Emily abrió de par en par sus enormes ojos almendrados de iris verdes con un toque de amarillo.

—¡Ya estoy despierta, mamá! —gritó la pequeña—. Me visto y bajo, ¿vale? —añadió, temerosa de que su madre decidiera subir a buscarla. Alba era muy buena madre, y muy cariñosa, pero cuando se le agotaba la paciencia... daba auténtico miedo.

—Son las siete y media. Tienes exactamente veinte minutos para prepararte, desayunar y marcharte... Ya sabes que debes estar en la parada como mucho a las ocho y diez, o perderás el bus y tu padre tendrá que volver desde Torreleones para llevarte a la escuela —espetó Alba, que ahora se encontraba al pie de las altas escaleras que daban acceso a la primera planta, donde se encontraba el dormitorio de Emily y el suyo.

La pequeña pateó las mantas que la envolvían, catapultando al mismo tiempo a Marie por los aires, y de un salto bajó de la cama. Marie era una gatita persa blanca y negra de cinco meses de edad, y una de sus dos mejores amigas en este mundo. Por suerte los gatos son ágiles y de reflejos rápidos, y el animalito aterrizó de pie en su canastita de mimbre, sobre su mullido cojín de plumas de pato. Emily había fabricado ambas cosas con sus propias manos para que su mascota dispusiera de su propia cama —era muy habilidosa, y contaba con algunos dones más que la hacían muy especial—. No obstante, cuando su amiga humana dormía la gatita prefería acompañarla; solo usaba la canasta cuando Emily no se encontraba en casa.

—¡Perdón, Marie! ¿Estás bien? —Como respuesta obtuvo un ronco y agudo maullido—. Menos mal... creía que te había lastimado. Échate en tu camita, ¿vale? Cuando acabe de desayunar te subiré un poco de leche caliente —la gatita respondió con otro ronco maullido.

Habían pasado ya unos tres meses desde que Emily encontró a su amiguita. Aquel lluvioso viernes de finales de noviembre de 1987 fue aún más frío que aquella mañana. La gatita había sido abandonada junto a sus dos hermanos en el interior de un viejo y oxidado cubo de basura que se encontraba en uno de los callejones más oscuros y menos transitados del pueblo. Por culpa de un antiguo cuento se lo conocía como *el callejón del Coco*, pero su verdadero nombre era *el pasaje de Atrás*. Se trataba de una estrecha callejuela que en su día albergó a una quincena de vecinos, aunque para aquel entonces aquellas

viejas casas de piedra gris con tejado negro de piedra pizarra, idénticas a la de Emily, estaban ya tapiadas. Llevaban algunas décadas en desuso, desde que sus moradores decidieron abandonarlas después de haber perdido a sus hijos o nietos en extrañas circunstancias; según contaban los más supersticiosos del pueblo, algo que en Gorate abundaba, a los niños se los comió el *Coco* —la realidad era otra que no te incumbe—.

A causa del frío y del hambre, los dos hermanitos de la gatita habían muerto cuando Emily llegó hasta el cubo, y a Marie no le faltaba demasiado para reunirse con ellos. Por suerte, la pequeña escuchó el casi inaudible maullido de la gatita implorando auxilio y, aunque lo meditó bastante, porque aquella estrecha y sucia callejuela la aterraba, finalmente decidió internarse en ella y la rescató. Por desgracia, debido al frío y la humedad que soportó, Marie quedó afónica de por vida.

Aquello fue un pequeño milagro, porque a la gatita apenas le quedaban fuerzas para maullar, pero ya sabes que Emily contaba con ciertos dones que la hacían especial, y ese era uno de ellos: un oído muy fino, tanto que el zumbido de los mosquitos que en verano invadían su dormitorio la volvían loca; más que mosquitos parecían aviones sobrevolando la habitación. En un primer momento sus padres se negaron en rotundo a que se quedase con la gatita. En realidad fue su madre quien se negó: detestaba a los animales, especialmente a los gatos. Pero tras mucho suplicarlo y bajo la promesa de que Marie sería únicamente su responsabilidad, le permitieron adoptarla.

Conforme Marie se hizo una rosca en su canastita, la niña se calzó sus pantuflas rosas y corrió hasta el alto y robusto sifonier de madera negra —sí, lees bien, madera negra y no pintada de negro— que ocupaba la esquina junto a la puerta del dormitorio, y de uno de sus cajones sacó un viejo cepillo de celdas duras y picudas con el que peinó su larga y rizada melena; tan larga que le llegaba casi hasta las caderas. Cepillarse el pelo era algo que amaba y odiaba a partes iguales. Lo amaba cuando su mamá se lo peinaba porque, aparte de que lo hacía sin darle tirones, después se lo adornaba con lazos, moños y florecillas. Pero cuando debía peinárselo ella, lo odiaba; cada mañana despertaba con todo el cabello enmarañado, y deshacer los nudos con el cepillo era algo bastante molesto.

—Ojalá mamá subiese a peinar-me... cuando ella lo hace nunca me duele —se dijo al tiempo que luchaba contra un nudo. Lo miraba fijamente con unos ojillos llorosos—. Es como si hiciera magia; pasa el cepillo, y deshace todos estos molestos nudos sin que lo note. —La pequeña desvió la mirada hacia la esquina que se encontraba junto a la ventana del dormitorio, desde allí su querida abuela la observaba en silencio, esbozando una tierna sonrisa—. ¡Hola, abuela! —La anciana anduvo hacia la niña y posó una arrugada mano sobre la cabecita de su nieta.

Durante unos segundos la observó fijamente con sus ojos de iris amarillos con un toque de verde; aunque sonreía, su mirada transmitía tristeza. Después se agachó y le dio un beso en la cabeza, y acto seguido se transparentó hasta que desapareció.



Como ya te imaginarás, lo que la pequeña acababa de ver era el fantasma de María Malsete, su abuela materna.

—Jo, Marie... hoy la abuelita parece estar triste. Luego iré al cementerio para hacerle una visita. —Aquel era otro de sus dones, uno que compartía con su madre. En presencia de Alba no hacía alarde de poseerlo, pero su querida mamá era plenamente consciente de que ella también veía a los ecos de los difuntos recientes y a los espíritus que habitaban Gorate. Desde que descubrió que su hija poseía ese don, Alba le prohibió hablarle a la gente sobre ello, incluso a su padre.

Cuando terminó de luchar contra su encrespada melena, Emily corrió hacia el ropero que se encontraba en la otra esquina del dormitorio, en línea con la ventana. Con solo mirarlas, abrió ambas puertas —otro de sus dones, aunque este solo funcionaba de vez en cuando—, y comenzó a buscar su vestido favorito, uno gris con florecillas rojas bordadas, y unos calcetines largos de lana del mismo color.

—¡Emily! —gritó Alba desde la plata baja—. ¿Cuánto te falta? Al final tendré que llamar a tu padre al *Busca* para que venga a por ti... —Ya eran las ocho menos veinte. En diez minutos debía vestirse, desayunar y encaminarse a la Puerta Sur. *«Y ahora una pequeña aclaración... Por si lo desconocías, lector, un Busca era uno de aquellos aparatitos negros capaces de recibir mensajes de texto que la gente usó hasta la década de los noventa para estar localizable. También se los conocía como Beeper. Hoy en día todavía se usan en algunos hospitales».*

Por suerte Emily no tardó en dar con el vestido. Se trataba del único regalo que su querida abuela María pudo hacerle antes de fallecer en 1982. Lo confeccionó cuando la niña solo tenía un año de vida, y aun así fue capaz de ajustarlo a las medidas que tendría a los siete años. Era un vestido corto de gasa teñido en color gris oscuro y adornado con cientos de *verbena*s rojas que su querida abuela había bordado a mano. Aquel fino vestido no era el atuendo más adecuado para los meses de invierno de Gorate, pero la niña se empeñaba en usarlo siempre que lo encontraba en su ropero, a pesar de que solía pasar bastante frío.

—¡Ya estoy vestida! —gritó al tiempo que se ponía el vestido—. ¡Bajo ya! —gritó conforme se ponía los calcetines y se calzaba unas manolitas negras de piel que la aguardaban junto a la puerta de la habitación.

La pequeña miró la hora en el viejo despertador mecánico que, emitiendo un repetitivo *tic, tac, tic, tac*, reposaba sobre su robusta mesilla de noche de madera negra; eran las ocho menos cuarto. Tenía exactamente cinco minutos para devorar el desayuno y después tendría que correr como una bala para no perder el autobús, que partía hacia Torreleones sobre las ocho y diez de la mañana. Ese ruidoso reloj despertador era una auténtica reliquia familiar, primero perteneció a su abuelo paterno, quien había construido la casa en la que vivían ella y sus padres, después perteneció a Tomás, su padre, después a Andrés, su hermano mayor —sí, Emily tenía un hermano mayor sobre el

que de momento no voy a hablarte—, y por último lo había heredado ella.

Tanto el dormitorio como algunos de sus muebles habían pasado también por las manos de su abuelo y de su padre; el reloj, parte de la cama y el armario. Los muebles de madera negra eran una herencia por parte de madre, y solo ella y su hermano los habían usado. Aquella era una madera muy, muy especial y realmente rara, además de difícil y peligrosa de conseguir. Los Malsete eran especialistas en trabajarla hasta que daban forma a muebles robustos y brillantes que eran muy codiciados por según qué tipo de personas, normalmente bastante extrañas y poseedores de dones similares a los de Emily.

La niña salió de su habitación y giró la esquina que había junto a su puerta y, casi volando, bajó las altas escaleras que conducían a la planta baja. Luego corrió a través de un largo pasillo cuyas paredes estaban atestadas de viejos retratos familiares —en la pared de la izquierda retratos de los Malsete, y en la pared de la derecha, retratos de los Anaya—, entre ellos uno de sus abuelos maternos y uno de su hermano Andrés. Aunque sabía que iba con el tiempo justo, se detuvo a saludarlos.

—¡Buenos días, abuelitos! —Le dio un beso al retrato—. ¡Buenos días, hermanito! —También le dio un beso.

—Mi pobre pequeña... cuánta falta te hace tu hermano —susurró Alba, que la observaba desde el arco que comunicaba la cocina con el salón. La imagen de su hijo irrumpió en su memoria. Emily y él eran casi idénticos: largas melenas de cabello castaño rizado con mechones de pelo blanquecino, ojos

grandes de iris verdes con toques de amarillo, e igual de delgados—. Nunca debí haber permitido que el Doctor Wells te internase en aquella maldita clínica... ¿Cuándo podremos verte de nuevo? Tu hermana ni siquiera te conoce... —Estaba tan ensimismada pensando en su hijo que no había notado que Emily acababa de pasar junto a ella.

La pequeña saltó sobre una de las sillas que rodeaban la antigua y ajada mesa de la cocina, y devoró la leche con copos de chocolate como si no hubiese un mañana; sí que había un mañana, pero eran ya las ocho menos ocho minutos y debía terminarse el desayuno cuanto antes para correr hacia la parada del bus, que por suerte no estaba demasiado lejos del *barrio del Codillo*, donde se encontraba su pequeña casita de piedra gris con tejado negro de pizarra.

—Toma —dijo Alba, entregándole a Emily un bonobús; a pesar de que se trataba del autobús escolar, había que abonar diariamente el viaje—. Y ten cuidado, no vayas a perderlo como hiciste con el otro... —La miraba fijamente con sus ojos almendrados, uno completamente verde y el otro totalmente amarillo; el ojo verde le dedicaba a la niña una mirada cariñosa y tierna, el otro, una mirada fría y cortante.

—Lo guardaré en la mochila en cuanto lo pique... ¡Anda, si no llevas puesta tu lentilla verde! —gritó la niña, asombrada al ver los ojos de su madre—. ¡Me encanta tu ojo amarillo!

Por culpa de los habitantes de Gorate, en su mayoría devotos religiosos rematadamente supersticiosos, Alba ocultaba su ojo amarillo. Antes de que las lentillas de colores se

inventasen oficialmente (1988), solía usar gafas de sol. Digo antes de que se inventasen oficialmente porque otra de las habilidades de la familia Masete era la de elaborar lentillas de múltiples colores (lo cual llevaban haciendo desde 1800). Eran algo bastante codiciado en Gorate por según qué tipo de personas: los mismos que compraban los muebles de madera negra. A pesar de que su familia las fabricaba en casa, Alba siempre se negó a usarlas; prefería las gafas, eran *normales* y *corrientes* y no *algo raro*.

Alba giró la cara.

—Sí, es muy bonito. Y por eso lo oculto, para que nadie lo vea —espetó mirando hacia la ventana de la cocina. Solo le mostraba ese ojo tan inusual a su esposo. El hombre creía que su extraña coloración se debía a una mutación heredada de su madre, porque su suegra tenía ambos ojos amarillos; y si los hubiera observado atentamente habría descubierto que sus pupilas eran ligeramente similares a las de los gatos—. Y ahora, márchate, o llegarás tarde. No quiero tener que llamar a papá, que después le dan las tantas y tiene que almorzar en Torreleones..., y no estamos para gastos tontos.

La mujer se agachó y, rodeándola con ambos brazos, besó a su hija en la mejilla. La niña le dio un beso en la mejilla y la abrazó con fuerza. Y entonces, tras enfundarse en un grueso chaquetón rojo chillón y de ponerse su reloj Casio en la muñeca, salió de casa corriendo como una bala. Aunque enseguida volvió a entrar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Alba.

—¿Puedes subirle un poco de leche a Marie!?

—¿No puede esperarse hasta que regreses? —le preguntó de mala gana; ya sabes que detestaba a los animales.

—Es que se lo prometí... y no quiero dejarla esperando. Pero ya es tarde, y si subo no voy a llegar al bus... Además, he olvidado comprobar la ventana. Tienes que asegurarte de que se queda cerrada, mami, porfa. —Nunca, bajo ningún concepto, se dejaba abierta la ventana de su habitación si no estaba presente. Marie, curiosa, podría subirse al alfeizar y luego caer al vacío.

—Está bien. Ahora se la subo y miro la dichosa ventana —respondió, hastiada—. ¡Márchate ya!

—¡Sí! —gritó Emily—. ¡Gracias, mami! —Y finalmente la pequeña salió de casa y enfiló la *calle de la Desgana*, que la llevaría hasta la *Puerta Sur*.

Aunque tuvo que volver a casa una vez más... ¡Se había olvidado la mochila de la escuela! Por suerte, como Alba ya lo intuía, cuando Emily llegó de nuevo hasta la puerta ella ya la esperaba con la mochila en la mano.

—¡Gracias, mami! —Cogió la mochila y salió corriendo de nuevo.

—Igualita que su hermano en todo... —dijo Alba observando cómo su hija se perdía por una estrecha callejuela de piedra—. Tengo que jubilar esa mochila... está hecha polvo. Y sí, mamá, ya sé que la hiciste con toda tu buena intención, pero es que da pena verla —le espetó al espectro de su madre, que le dedicaba una mirada muy triste a su hija; y no era a causa de su deseo de deshacerse de la mochila...

Aquella vieja mochila tan roja como el chaquetón de la niña fue el último regalo que María Malsete pudo hacerle a su nieto Andrés antes de fallecer, que era también el dueño original de dicho chaquetón. Lamentablemente, cuando el niño fue internado en la clínica de salud mental, no pudo llevarla consigo; el Doctor Wells se negó en rotundo. Así que conforme Emily tuvo uso de razón, se adueñó de ella; de ese modo cada día podía usar dos regalos de su querida abuelita, aunque originalmente uno de ellos no le perteneciera.



## Capítulo I

La espesa niebla ya se había disipado cuando Emily se lanzó a la calle. El sol brillaba alto en el cielo, y con su cálida luz bañaba las frías, pedregosas y antiguas calles de Gorate —a pesar de ello, todavía hacía mucho frío—. Un abundante manto de rocío, que ya empezaba a condensarse gracias al calor del sol, cubría aún los tejados de aquellas viejas casas. Lentamente comenzó a escurrirse por las planas tejas negras de piedra pizarra, formando pequeños riachuelos que goteaban en los antiguos canalones de barro anclados a los laterales de los tejados; en el interior de todos ellos se formaban de nuevo pequeños ríos, que desembocaban en los antiguos bajantes de barro anclados a las paredes de piedra gris de los edificios, y finalmente terminaban desembocando en las antiguas aceras de adoquines grises, formando enormes charcos.

Sí, correcto, todo en aquel pueblo era antiguo, muy antiguo... triste y gris. Tres misteriosas familias conocidas por los apellidos *Tofone*, *Telmasé* y *Lesselt*, además de los habitantes



de *Alderete*, una pequeña aldea que hoy en día ya no existe, lo fundaron en el año 1600 de nuestra era.

Emily giró la esquina de una de aquellas antiguas y encharcadas calles, saltó por encima de un charco, y continuó corriendo calle abajo; a pesar de que había saltado con todas sus fuerzas para rebasar el charco, uno de sus pequeños pies, el izquierdo, aterrizó en él, y su manoletina acabó inundada y su calcetín empapado.

—¡Jo! Ahora voy a estar todo el día con el pie mojado... ¡Odio estas viejas calles llenas de charcos! —exclamó, y siguió corriendo—. Tendré que pedirle ayuda a Alicia...

Hasta donde alcanzaba la vista de la pequeña, todo era calles de adoquines, tanto las aceras como la calzada; pequeños adoquines rectangulares hechos de piedra gris. En su gran mayoría se encontraban ya muy desgastados por el paso del tiempo, y en muchos otros casos ni siquiera existían, provocando que por aquí y por allá hubiese bastantes socavones que no eran demasiado grandes, aunque para los pequeños pies de Emily eran enormes; cuando accidentalmente metía el pie en alguno de ellos, se hacía mucho daño.

Dos hombres la observaban detenidamente sin ser ella consciente. Ambos estaban de pie sobre el tejado de una de las casas cercanas. Uno de ellos parecía rondar la treintena; vestía con un traje morado de seda, y debajo de la chaqueta llevaba una camisa negra con una corbata de un rojo muy intenso. El otro aparentaba algunos años menos; un grueso y largo abrigo negro de algodón le cubría el cuerpo desde la mitad del rostro hasta los

pies, y observaba a la pequeña a través de unas antiguas gafas de sol con los cristales redondos en los que las calles del pueblo se reflejaban como si fuesen dos pequeños espejos. El hombre del traje era el responsable de urdir el plan que salvaría nuestro mundo, el otro... se puede decir que era su ayudante.

—Y ahí va... —espetó el hombre del traje. Miraba a la niña fijamente con unos ojos de un azul sobrenatural al tiempo que esbozaba una sonrisa tan amplia que deformaba la perilla de candado que adornaba su rostro; una prominente dentadura de dientes picudos y afilados quedaba a la vista. Sacó un peine de uno de los bolsillos de su chaqueta y repeinó un poco más su ya repeinado y brillante cabello negro, corto y liso.

—¿Estás seguro de que es ella? —preguntó el otro. Una corriente de aire hizo ondear su melena de cabello negro salpicada por algunas canas. Su acompañante asintió.

—Sí... Tú mismo la sentiste despertar hace cinco años. Y ayer volviste a captarla —dijo el hombre del traje.

—Es cierto que sentí el alma de Itrayl... Pero eres tú el que asegura que es esa niña.

—Su hermano resultó ser el primero de los tres *sustitutos*. Y hace cinco años, cuando la vi sentadita en su cochecito en mitad de la Plaza, tuve una corazonada con ella... De todos modos lo averiguaremos dentro de un rato, mi querido Joseph.

—Por fortuna el cuento de *los milagros de la Virgen* funcionó, permitiéndonos crear este lugar... —comentó Joseph, pensativo, sin quitarle ojo de encima a la niña. Desvió la mirada hacia el centro pueblo—. Obviando nuestra turbulenta aventura

en el Purgatorio, hacer que aquellas almas nacieran en el momento preciso fue fácil. Nuestra búsqueda hubiera resultado bastante dificultosa de no contar con Gorate para forzarlas a ocupar el cuerpo de algunos de sus habitantes... —Su acompañante sonrió.

—Sí... ya sabes, humanos, son demasiado fáciles de manipular. Basta un poco de magia de la más básica y ¡sorpresa! Se lo han creído todo... —El hombre rompió a reír a carcajadas.

¿*Los milagros de la Virgen*? Te lo explico. Resulta que Gorate había sido fundado gracias a dos milagros, conocidos desde aquel entonces como *los milagros de la Virgen*. Así figuraba en los libros de historia del pueblo, redactados por los Lesselt. Uno de ellos tuvo lugar el día tres de febrero del año 1600, el otro, el día cuatro de febrero del mismo año. El primero de aquellos misteriosos sucesos fue narrado en exclusiva por un hombre de mediana edad originario de *Alderete*, una pequeña aldea de pastores. Aquel día, el hombre guiaba a su rebaño de cabras a través de los terrenos cercanos a la alta colina sobre la que meses después comenzó a erigirse el pueblo, conocida en aquel entonces como *Colina Torre Torcida*. Y cuando decidió sentarse a la sombra de una alta encina, para tomar un bocado y saciar la sed, presenció la repentina aparición de una misteriosa mujer que se hizo visible luego de que un fogonazo de luz rojiza inundase por un instante el lugar, cegando al pastor durante unos segundos.

Guiándose por la descripción del hombre, se sabe que la piel de la misteriosa mujer era tan blanca como la leche, su

cabello era largo, muy largo, negro y muy brillante; sus ojos eran igual de negros que su pelo, aunque a diferencia de este, carecían de brillo, es más, ni siquiera reflejaban la luz del sol; de ellos brotaban dos sendos ríos de lágrimas tan rojas como la sangre. Según explicó el hombre, la mujer apareció sobre una enorme roca de mármol blanco a medio enterrar en mitad del campo, y conforme lo vio, comenzó a hablarle:

—«*Hijo mío, estás en presencia de la madre de Dios. He descendido de los cielos para comunicarte la voluntad del Creador*». —Lamentablemente no hay un registro fiable sobre esto, todo son teorías y suposiciones; en aquellos tiempos las personas eran muy crédulas y fáciles de engañar, y no te podías fiar a la ligera de lo que te contaban. Se tiene constancia de que la Virgen le transmitió al hombre un segundo mensaje antes de desaparecer, que podrás leer en un momento. Lo siguiente que ocurrió es que conforme la Virgen *desapareció*, el pastor echó a correr hacia su aldea para contarle a alguien lo que acababa de ver, abandonando allí a su rebaño.

La historia del segundo milagro es algo más creíble que la del primero, porque este fue presenciado por varias personas más. Algunas horas después marcharse, el pastor regresó al lugar en compañía de algunos de sus vecinos y los condujo hasta la roca, y todos ellos vieron con asombro que las huellas de unos pies descalzos que parecían ser humanos habían quedado grabadas sobre la piedra como si hubieran sido herradas en el mármol. Pero de la supuesta virgen no había ni rastro. Al día siguiente, al caer la noche, el pastor y sus vecinos acudieron

nuevamente hasta donde se encontraba la piedra, esta vez en compañía del alcalde y del párroco de Alderete, para que dos altas autoridades diesen fe de que las huellas grabadas en la piedra eran reales.

Y ambos dieron fe... sin duda alguna aquellas eran las huellas de unos pies humanos, y por su reducido tamaño, debían pertenecer a los pies de una mujer. Y también dieron fe del segundo milagro, porque conforme el alcalde, el párroco y los vecinos rodearon la piedra al tiempo que el pastor narraba por enésima vez su historia del día anterior, el cielo sobre la *colina* se hendió como si alguien lo hubiera cortado con un cuchillo y una luz rojiza comenzó a manar de la brecha. La raja en el cielo se ensanchó, mostrándoles un cielo que no era el mismo que tenían sobre sus cabezas. En ese momento eran las doce en punto de la noche, y el cielo que veían a través del agujero era también un cielo nocturno. Pero este estaba poblado por *estrellas* que nadie conocía, algunas enormes y centelleantes, otras pequeñas y a punto de apagarse; junto a ellas brillaba con intensidad una luna tan roja como la sangre... la fuente de la luz rojiza.

En un primer momento, tanto el pastor como sus convecinos quedaron horrorizados ante la visión del extraño cielo y del misterioso astro rojo.

—¡Esto es cosa de brujería! —clamaron algunos de ellos y el alcalde.

—¡Es el fin del mundo! —clamó el párroco; ya sabes, los religiosos y su costumbre de asociarlo todo con el apocalipsis.

—¡Es un milagro por obra y gracia de la Virgen! — espetaron al mismo tiempo seis misteriosas personas que segundos antes no estaban allí, mirando fijamente a los ojos de todos los presentes, que enseguida quedaron convencidos de que aquello se trataba de un milagro obrado por la misteriosa virgen que el día anterior se había manifestado ante el pastor.

El *segundo milagro* validó el testimonio del pastor sobre el primero y, conforme una de aquellas extrañas personas clavó sus ojos en los de Paco —el pastor—, este transmitió el que según él era el segundo mensaje de la Virgen: «*Tú y tus vecinos erigiréis un templo en mi honor en la cima de aquella colina. Y a sus pies construiréis un pueblo en el que mis fieles vivirán felices y en paz*». La misteriosa virgen fue bautizada como *Nuestra Señora de las Lágrimas de Sangre*. A la extraña luna, que desapareció junto al cielo en el que brillaba cuando la brecha volvió a cerrarse, la bautizaron como la *Luna Roja*. El grupo de seis personas, tres hombres y tres mujeres que al parecer debían ser parientes entre sí, recibieron el título honorífico de *Fundadores*, y desde ese mismo instante guiaron a los aldeanos y les prestaron apoyo económico para comenzar a construir el pueblo tal y como les había encomendado la Virgen, y le dieron el nombre de Gorate.

Digo que esas seis extrañas personas debían ser parientes porque cada pareja de hombre y mujer compartía rasgos muy similares entre sí. Dos de ellos eran de tez tan pálida como la de la Virgen descrita por el pastor, con la misma melena negra, larga y brillante, y con los mismos ojos negros y sin brillo; vestían de

negro de los pies a la cabeza, con ropas de muy buena calidad. Otros dos tenían una coloración de piel común y corriente, pero sus ojos eran amarillos y de pupilas verticales, similares a los ojos de los felinos, y su cabello era blanco como la nieve; estos vestían tal y como lo hiciera la nobleza por aquel entonces. Los otros dos eran bajitos y regordetes, el hombre estaba calvo en la parte superior de la cabeza, aunque de su nuca brotaba una larga melena de pelo castaño, y ambos tenían los ojos azul eléctrico y las pupilas ligeramente rectangulares, similares a las de los ojos de las cabras; estos dos vestían de forma desaliñada.

Los primeros eran los Tofone, los segundos los Telmasé y los terceros los Lesselt.

Guiados por los conocimientos de los Fundadores (todos ellos poseedores de diferentes dones, a cada cual más raro, aunque los aldeanos parecían no percatarse de ello), los habitantes de Alderete levantaron en la cima de la colina el primer edificio del pueblo: el *Convento de Nuestra Señora de las Lágrimas de Sangre*, y llevaron hasta allí la gran roca de mármol para rendirle culto. Y después, siguiendo los deseos de la supuesta virgen, construyeron el resto del pueblo. Primero, la zona conocida como la Plaza Central, el centro mismo de Gorate, y desde ahí fueron extendiéndose en círculo, forrando la colina con calles y casas de piedra.

La *Colina Torre Torcida* era ancha en su base, e iba estrechándose hasta terminar en una cima ligeramente plana; parecía una inmensa galleta de cucurucho helado que alguien hubiera dejado allí, tirada del revés en mitad de aquellos campos.

Las calles y los edificios del pueblo descendían la colina como si se tratase de cientos de hormigas bajando por la galleta. Todo, tanto edificios como calles y calzadas, fue construido usando piedras grises de diversos tamaños talladas de forma rectangular. Se dice que las piedras habían sido extraídas de la base de la colina, y sí, provenían de ahí, pero no de una cantera, formaban parte de algo bastante antiguo... sobre lo que de momento no voy a hablarte.

Siglos después, Emily corría por esas mismas calles lo más rápido que sus pequeñas y delgadas piernas le permitían. Ya eran las ocho y dos minutos de la mañana; era tarde, aunque aún había alguna esperanza de llegar a tiempo a la parada. Por suerte, el *barrio del Codillo* se encontraba bastante cerca de la gruesa y alta muralla que los seis Fundadores erigieron para proteger el pueblo de posibles amenazas, y Emily solo debía enfrentarse al último tramo de una calle conocida como *calle de la Agonía*, una calle muy, muy empinada que conectaba el centro del pueblo, la *Plaza Central*, con la *Puerta Sur*, que es a donde ella se dirigía.

—Espero que Alicia haga de las suyas... o mamá se va a enfadar mucho conmigo —dijo Emily al tiempo que apretaba el paso.

En Gorate existían dos puertas más y de mucho más fácil acceso que aquella: la Puerta Este, que colindaba con *el Bosque de los Lamentos*, y la Puerta Oeste, que conducía directamente al *Estanque del Llanto Eterno*: una gran y oscura masa de agua poblada por juncos, sapos y ranas responsable de muchas desgracias. A ambas se llegaba bajando pequeñas rampas y



escaleras que se encontraban en mucho mejor estado que la *calle de la Agonía*, pero la única parada de autobús que había en todo Gorate se encontraba junto a la Puerta Sur, así que no le quedaba otra que continuar por ese camino.

En un momento dado la niña se vio obligada a esquivar a una *manada* de ancianos que, sin ninguna consideración por su parte, ocupaban casi toda la calle. La ascendían con dificultad para llegar a la Plaza Central, seguramente con la intención de ir a la *Iglesia de Nuestra Señora de las Lágrimas de Sangre*, para asistir a la misa matutina. La iglesia había sido construida en el año 1700, y desde 1895 era el lugar de reposo en de las *Reliquias de la Virgen*: la Roca de la Virgen, la piedra de mármol sobre la que la Virgen se manifestó; la Talla de la Virgen, una figura de madera del tamaño de una persona adulta que representaba a la Virgen de las Lágrimas; y el *Orbe de la Virgen*, la reliquia más valiosa de Gorate, una esfera de cristal rojo escarlata del mismo diámetro de un balón de futbol que, según se contaba, había sido creada por la Señora de las Lágrimas como obsequio a los habitantes del pueblo por haber actuado siguiendo sus deseos.

Algunos de los ancianos miraban a Emily con el rostro compungido por la pena. La pequeña ostentaba el título de *la única niña pequeña del pueblo*, otra de sus peculiaridades. Otros tantos la miraban con cierta inquina debido a su ascendencia... los Malsete formaban parte del privilegiado club de *familias apestadas del pueblo*, que eran odiadas por *hacer cosas raras*. Ya te dije que los habitantes de Gorate eran muy supersticiosos, y tanto los Malsete como otras tantas familias, además de las seis

familias fundadoras, fueron acusadas en su día —un siglo después de haber construido el pueblo— de comportamientos inusuales (y razón no les faltaba), y fueron repudiadas por la mayoría de los vecinos.

—Es la nieta de María Malsete... —espetó uno de ellos mirando a Emily con el ceño fruncido. Escupió al suelo—. Maldita bruja adoradora del diablo... —Aquella palabra, «bruja», solía estar siempre en boca de los vecinos de Gorate cuando se cruzaban con ella o con Alba. Emily no entendía por qué las llamaban brujas cuando tanto ellas como su abuelita, cuando aún vivía, solo eran personas comunes y corrientes. Tampoco le daba demasiada importancia, estaba ya acostumbrada a esa manida cantinela.

La niña les deseó buenos días a todos cuando consiguió esquivarlos, incluso al que había llamado bruja a su abuela. Pensó en no hacerlo, quiso pasarlos de largo sin decirles nada, pero Alba siempre insistía en que una niña debía tener buenos modales. Y si mamá se enteraba de que no les había dado los buenos días a aquellos ancianos... se enfadaría con ella, y probablemente la castigaría. La pequeña ojeó de nuevo su reloj de pulsera y vio que eran las ocho y diez; si no se daba prisa y llegaba ya a la parada, perdería el bus y su padre tendría que volver desde Torreleones hasta Gorate para recogerla, y el resultado de todo aquello sería un castigo por parte de su madre —la medicina de Alba para todo: castigos—.

Es posible que te preguntes el motivo que llevaba a Emily a ir a Torreleones a esa hora; la respuesta es sencilla:

estudiaba allí, al igual que Alicia, su otra mejor amiga en el mundo. Por aquel entonces el colegio de Gorate llevaba algunos años clausurado, y esto no era debido a que el edificio se encontrase en malas condiciones o a causa de la falta de profesores... La razón era que en el pueblo no había niños, ni de la edad de Emily, ni menores o mayores, solo algunos adolescentes. En otros tiempos hubo niños, sí, decenas, pero ya no. Según decía el conocido como el *Niño loco de Gorate*, todos ellos *desaparecieron* la noche del día cuatro de febrero de 1983, el *Día de la Luna*, día en el que se celebraba la fiesta conmemorativa de la fundación del pueblo. Pero por más que el pobre niño repitió su historia, nadie en todo Gorate fue capaz de recordar a los supuestos niños desaparecidos.

Emily se sabía de memoria aquella historia... el Niño loco era su hermano Andrés, y desde aquel entonces permanecía internado en el *Centro Lesselt para Enfermedades Mentales*, la clínica de salud mental de Gorate y Torreleones, ubicada cerca del centro de la ciudad. Para albergar la clínica, aprovecharon lo que en otros tiempos fue conocido como *Prisión Lesselt*, un descomunal edificio gris construido por la familia Lesselt en el año 1780 para albergar a aquellos habitantes de Gorate y Torreleones que decidieran ir por el mal camino, o eso se decía.

—¡Las ocho y cuarto! —gritó la niña al ojear su reloj de pulsera.

La pequeña enfiló el último trozo de la *calle de la Agonía*. Desde allí veía ya la gruesa y alta muralla que rodeaba el pueblo, y la Puerta Sur, que tenía el rastrillo a medio subir. De

día normalmente los rastrillos de las tres puertas siempre permanecían alzados, solo se bajaban de noche. Pero días atrás el de aquella puerta se atascó, y de momento nadie lo había reparado. Al pasar bajo el rastrillo Emily vio que el autobús que debía llevarla a la ciudad seguía en la parada, con el motor apagado, lo que indicaba que sin duda alguna Alicia había hecho de las suyas.

El conductor parecía bastante enfadado. Trataba de poner en marcha el motor, pero no había manera, no arrancaba. Los cables de la batería llegaban sin interrupción hasta el alternador, que funcionaba correctamente, el depósito estaba hasta arriba de gasoil, pero el motor no reaccionaba cuando el hombre giraba la llave; se oía *tracatrá, tracatrá, tracatrá...* pero el *BRUM* no llegaba.

—¡Maldita sea mi suerte! —gritó el conductor; un hombre de unos cincuenta años, muy malhumorado, greñudo, canoso y con una indumentaria bastante desaliñada—. ¡Pero si esta mañana arrancabas bien, cojones! —espetó, y dejó escapar algunos improperios más al tiempo que corría desde el interior del bus al exterior para gritarle al motor—. ¿Es posible que sea cosa de los calentadores? ¡¡Mira que le dije al idiota de Montoya que los cambiase, cojones!! Y ahora encima voy a tener que subir andando todo el condenado pueblo para llamar al mecánico desde la Pensión Central... —En Gorate los teléfonos eran escasos.

Alicia estaba sentada en la *Parada de Gorate* (así rezaba en un cartel atornillado a la parada), toda hecha de madera y

acero. Se protegía del sol con un parasol negro. Miraba fijamente el autobús con sus ojos negros y sin brillo.

—¡Buenos días, Alicia! —espetó Emily al llegar hasta ella. Le dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla, y le susurró—: *Gracias por parar el bus...* —Alicia sonrió.

—No hay de qué, mi querida Emily. No iba a permitir que te quedases en tierra. —La macilenta chica desvió la mirada hacia los pies de la niña y vio que el izquierdo estaba empapado—. **Icamao** —susurró, y, luego de un destello de luz roja, del zapato de Emily brotó algo de vapor.

—¡Gracias, Alicia! —agradeció Emily, que ahora tenía ambos pies totalmente secos. Su amiga se llevó un dedo a los labios y ella enseguida guardó silencio. Si sus compañeros de autobús veían a Alicia *usando sus dones*, las dos tendrían problemas.

Alicia Garza Tofone, así se llamaba la segunda mejor amiga de la pequeña Emily. Era la nieta de Eclipsa y Olivier Tofone, los últimos descendientes vivos de dos de los seis Fundadores —eso se decía, eso se contaba. ¿Era la verdad? Ya lo averiguarás—. Solo quedaban ellos dos, los últimos Telmasé y Lesselt habían muerto hacía ya bastante tiempo, concretamente en 1895 los primeros, y los segundos, en 1897. La tez de la muchacha era tan pálida como la de la Virgen, su melena era igual de negra, larga y brillante. Iba vestida con un conjunto bastante sombrío: un jersey negro de cuello alto, una falda negra que le cubría hasta las rodillas, y calzaba unas aparatosas botas

militares de media caña bajo las que llevaba unas medias a rayas blancas y negras.

Alicia se puso en pie y, asegurándose antes de que nadie miraba, guardó su parasol de un metro veinte de largo en la diminuta mochila negra de piel —de unos cuarenta centímetros de profundidad— en la que llevaba sus enseres escolares: un puñado de bolígrafos y un par de cuadernos. Sus *dones* hacían eso posible, y muchas otras cosas más. A Alicia también solían llamarla bruja, y a sus abuelos.

Ambas se acercaron al autobús y subieron a bordo sonriéndole al chófer, que seguía gritándole al motor.

—¿Adónde vais? El autobús no arranca, niñas —espetó el hombre de mala manera—. ¡Bajaos todos! Hoy os vais a librar de ir a la escuela... —Los adolescentes y los niños (estos procedentes de poblaciones alledañas a Gorate) que había a bordo comenzaron a vitorear al conductor.

—¿Podrías tratar de arrancarlo una vez más, porfa? —suplicó Emily, dedicándole al hombre una cálida sonrisa.

—Bueno... tampoco perdemos nada por intentarlo una última vez —replicó encogiéndose de hombros. Subió, ocupó su asiento y giró de nuevo la llave del contacto y, como si de un león se tratase, el motor rugió con fuerza: ¡*BRUM!*—. ¡Vaya, se ha arreglado solo! —le gritó a nadie en particular—. ¡Niños, sentaos que nos vamos! —bramó aspaventando los brazos, y los pasajeros del autobús dejaron de vitorear y, apesadumbrados, tomaron asiento.

Luego de picar el bonobús, Alicia y Emily caminaron hacia la parte trasera del bus, donde los chicos menos populares del colegio y del instituto se sentaban. Nadie quería ser amigo de Emily porque era la hermana del Niño loco. Y nadie quería ser amigo de Alicia porque era una Tofone, y a unos les inspiraba miedo y otros, guiados por sus supersticiosos padres, la odiaban. Pero a ambas les daba completamente igual. Se tenían la una a la otra y eso era todo lo que les importaba. Era todo lo que necesitaban para ser felices.

El conductor metió la primera marcha y el autobús salió disparado; era tarde, demasiado tarde, y aunque en Gorate solo debía recoger a Emily y a unos cuantos adolescentes, Alicia entre ellos, aún debía recoger a más pasajeros de camino a Torreleones. El hombre enfiló la única carretera que conectaba la ciudad con el pueblo, atravesando parte del *Bosque de los Lamentos*.

Los misteriosos hombres que observaban a Emily cuando corría por las calles de Gorate se encontraban ahora de pie sobre la muralla que rodeaba al pueblo.

—La nieta de los Tofone... —espetó el que iba vestido con traje de seda.

—Sí... la portadora del *Colgante* —espetó el del abrigo largo y grueso.

—Correcto, mi estimado Joseph —replicó el del traje morado—. En ese aspecto nuestra labor va a ser bastante sencilla...

—Parece ser que sí —añadió Joseph, mirando con pesar el autobús.